

hoy escribe

Patxi Larrainzar (*)

zelatan

Carta al Rey

Señor: Humildemente postrado ante su majestad, o sea, con el porrón en una mano y el bolígrafo en la otra, os escribo para presentaros con todo respeto y confianza mi reclamación personal, como hacían mis antepasados cuando el rey de Madrid visitaba este viejo reino «aeque principalis», es decir, igualito que el vuestro. Y voy a procurar hacerlo con letra bien clara para que me entendáis de corrido, pues ha de haber gentecilla maldiciada que no os estima demasiado y os enviará sus alegaciones con escritura zarrapastrosa, para que os confundáis leyendo y luego poder criticaros; pero bueno, ¿habrá cosa más hermosa que todo un rey se trabuque mientras lee las misivas de sus vasallos? Yo me emociono de sólo pensarlo, y por otra parte es sabido que el gran Carlomagno no sabía leer ni escribir y sin embargo hizo felices a sus súbditos; y como en alguna ocasión habéis dicho vos mismo: «Algunos me creen tonto, pero se van a llevar un chasco». Y si señor, el chasco ha sido morrocotudo: sois mucho más listo de lo que parecéis.

De manera que este servidor confiesa estar emocionado, pues es seguro que habéis venido a Navarra como hicieron todos los Borbones, para jurar nuestros fueros y «reparar los agravios inferidos por la Corona a sus gobernados», según costumbre inmemorial y condición indispensable para que esta tierra os acepte como su rey y señor natural, (de naturaleza franquista, pero tan naturaleza como cualquier otra).

Y poniendo otro punto y aparte para no fatigaros, paso sin más a presentaros mi pliego personal de agravios, en la seguridad de que las instancias más encopetadas del Reyno sabrán leerlo la Cartilla foral y hacer las reclamaciones políticas pertinentes, pues en su propio decir los navarros gozamos hoy de mayor autonomía que nunca antes; de modo que este ciudadano de a pie tampoco quiere ser menos que sus ancestros medievales, y por eso me considero en el derecho y el deber de deciros lo que sigue, aunque parezca ser un asunto muy particular.

Mi primer recuerdo político data de cuando tenía tres o cuatro años y mi familia y alrededores, en ese juego tonorrón y cruel que se acostumbra hacer con los niños, solía proponernos a mi hermano gemelo y a mí la pregunta que hace medio siglo debía de ser un entretenimiento en las familias carlistas, a saber:

—A ver, guapines: ¿vosotros qué sois, carlistas finos o alfonsinos?

Y mi hermano que era más espabilado que yo por aquel entonces, (luego se casó), se me adelantaba siempre diciendo «yo, carlista fino». Así que, cuando me achuchaban a mí repitiendo la pregunta, ya no quedaba sino responder lo de «alfonsino». Y entonces me llovían los improperios y alguna que otra bofetada; y el duro de plata de los días de repique gordo, ¡un duro de plata de entonces!, iba a parar invariablemente a las manos de mi gemelo, quedándose yo reconcomido de envidia y con las orejas planchadas por los pescozones. Y por eso, señor, mantengo desde muy antiguo este contencioso personal con la rama de la dinastía entonces y ahora reinante, y he tenido que esperar hasta esta histórica ocasión para reclamaros daños y perjuicios por las ofensas que me han hecho mamar por vuestra causa, señor borbón alfonsino.

Claro que tampoco me arrepiento de no haber podido ser carlista, pues según me he enterado después, el príncipe que dio nombre y origen al carlismo, aquel Carlos Isidro de Borbón, era un cretino total según lo calificaba Wellington, y un mojigato que se pasaba el día rezando el rosario y «sintiéndose ser el elegido del cielo para restaurar la fe y extirpar la herejía». Mientras que su sobrina y contrincante, vuestra tatarabuela Isabel II, era una fandanga de muchísimo cuidado, con su docena de amantes conocidos públicamente (y entre ellos nuestro músico Arrieta); pero es que a mí me gustan mucho más las gentes marchosas que los mecapilas mesiánicos. Y aunque los historiadores afirman que sus sucesores, los ilustres Alfonsos, fueron también bastante pendejos y sembraron el reino de hijos naturales, pero vos en cambio sólo sembráis paz y alegría a vuestro paso, pues sois esposo y padre amantísimo y un perfecto caballero cristiano; algo garroso quizás y como escocidillo al andar, pero ¿qué rey no ha gareado de tanto montar a caballo y pilotar las naves por el Mediterráneo en lucha contra el Infiel? Quiero decir que para mis propósitos de exigir justicia veo en vos la persona más adecuada, aparte de que sois rey por la gracia de Dios trino, o del Pentágono divino, me da igual. Y en consecuencia, oso acercarme hasta vuestra majestad y oso exponeros con respeto y buena crianza que:

Me debéis, señor, doscientos duros de plata de los de antes de la guerra, que según esti-

maciones de los expertos, vendrán hoy a ser unos veinte millones de pesetas. Otrosí, exijo reparación por los insultos que hube de recibir al declararme en la infancia partidario forzoso de vuestras borbones, y que me han originado múltiples complejos en este mundo tan republicano. Item más, los sopapos recibidos en pro de vuestra dinastía, que me han dejado para siempre sordo de un oído, ¡y yo venía para genio de la música!, pues según me cuentan yo lloraba con un chincho más agudo que ningún crío de mi alrededor. Vale decir, otros veinte millones cuando menos. Y en fin, señoría, aquel trauma monárquico me ha producido más tarde úlceras duodenales a tutiplén, pues habiéndome convertido de adulto al anarquismo, sin embargo en mi entorno jamás me tomaron en serio y eso se ha traducido en tensiones domésticas que degeneraron en las citadas úlceras; y quién sabe en qué acabará finalmente, marcado ya para toda la vida con el hierro de vuestra divisa real alfonsina...

En resumen, tirando por lo bajo y tasando muy baratas las úlceras que ya están operadas, entiendo que en conjunto me debéis cincuenta millones de pesetas actuales. Aunque, si me permitís, os informaré que son desgravables en la declaración de vuestra renta, que supongo haréis como todo buen cristiano. Y nada más.

Y aquí me quedo, señor, esperando reparéis de inmediato este contrafuero personal de un humilde ciudadano, pues confío que entre banquete y banquete de estos días (¡pobre de vos, estos navarristas de misa y olla se piensan que estáis muerto de hambre, y lo único que les preocupa es cómo empapuzaros hasta que reventéis!), digo que confío encontraréis un tiempo para atender la demanda de este jacobino, porque en un rey lo cortés no quita lo valiente.

Aunque también os advierto que, de no recibir con digna y pronta satisfacción, me declaro desde ahora mismo libre de toda obediencia y en independencia total de la corona española, siguiendo sin más la costumbre de mis antepasados. Y quizá así me libere para siempre de mis traumas infantiles, aunque lo de las orejas planchadas ya no tenga ningún remedio, pero en fin.

(*) Escitor

1940

1940.- Frainztzia Hitler-ek okupatua; eta geroreago, Montoire-ko «pakto»-ren ondoren, bi partetan zatitua: «zone occupée», Ipar-Euskal-Herria barne; eta «zone libre», Vichy-tik behera.

«La France immortelle», Ekialdeko fronteant tximistaren habailcan garaitua izan ondoren, alemandarren mendepaean zapaldurik. Pétain Mariskala, 1914ko gerlan nazio-gizauraena izana, kolaborazionisten buru. Eta beronen ordezkoa. Laval germanofiloa, honetara mintzo: «Frainztzia Estatu totalitarioekin egin behar du bat».

1940an garbi zegoen arazoa, halere: okupatzaileen alde, ala okupatzailearen kontra.

De Gaulle orduan, irritati bidez, hiru dei ausart, hiru eguez, okupazioaren aurka eta Vichy-koen saldukeriaren aurka borrokan hasteko.

Aparatoren erantzuna: —Enbaxadoreetan: denak Pétain-en alde, salbuespenik bat ere gabe.

—Gobernadoretan (= «Préfet»): denak Pétain-en alde. Salbuespen bakar bar: Jean Moulin, gero Gestapok arrestatua, eta torturapean hila.

—Magistradoetan: denak Pétain-en alde, bat ezik.

«La France immortelle», «L'Allemagne nazi»... Baina De Gaulle bakarrik zegoen 1940an. Aparatu guztiak huts egin zion. Ondorioak ez ziren goxoak izan: 40.000 «collabo» garbituak.

A. Lartza-bal-ek bazekien honen berri: 1940an denak Pétain-ekin, De Gaulle-rekin lau zoro bakarrik... 1945an denak, milaka, «résistant» porrotkatuak izanak. Baina Aita Lartza-balek ez zuen haletako inor ezagutzen...

HB eta Nazio-mogimendua osoa «bakarrik» omen dagio.

Aitor bat egingo dizuet: beti egon gara bakarrik. Gaur agintzen dutenek, gehienek, ez zituzten zapatillak sekula erantzi Francoren garaian.

Bakarrik gaude. De Gaulle ere bakarrik egon zen.

TXILLARDEGI

hemeroteca

España es una timba

(«Diario 16», 6-2-88)

España se ha convertido en una gigantesca timba. Oficialmente el año pasado los españoles gastaron en juegos de azar legales y controlados más de dos billones y medio de pesetas. Todos los indicios apuntan a que este año bisiesto esa cifra quedará ampliamente rebasada. La ilusión del juego, con el brillo del dinero fácil, es la única utopía vigente. Es una especie de droga colectiva, distribuida y estimulada desde el Ministerio de Hacienda, que de esta forma saca los cuartos a los más menesterosos y necesitados, como el temible «sacamentecas».

(...) Cada cual tiene derecho a hacer de su capa un sayo, pero un Gobierno democrático, y más si se denomina socialista, ha de atender un ineludible deber de ejemplaridad que, en este caso, no cumple. Desde el poder se alienta, con enfermiza voracidad recaudatoria y con indudable frivolidad, esta moderna fiebre del oro. Como si el

porvenir de España dependiera de las ruletas, casinos, quinielas, lotos, onces, tragaperras, cuponazos, prodiecus, rifas rápidas, loterías, apuestas, bingos y cubiletes de trileros. Desde la televisión pública, única existente, no se pierde ocasión de estimular este gran vicio nacional, que siempre se ha creído que conducía a la perdición.

Para colmo de desfachatez asistimos a una lucha encarnizada de todos estos juegos tratando de defender su trozo en la tarta cada vez mayor de esta gran timba nacional. Hasta se esgrime el argumento de que tal juego contribuye más que el rival a crear puestos de trabajo.

Es patético contemplar a los pobres jubilados jugándose sus meneguados haberes —cinco duros a cinco duros— en las máquinas tragaperras. Produce malestar y vergüenza observar al país arrodillado ante la tele viendo salir los números mágicos de la combinación ganadora de la lotería. El resultado ya se sabe: cuatro supermillonarios y millones de desilusionados.

Martínez-Bordiú

(Francisco Umbrales en «El País», 6-2-88)

Ha sido durante años/siglos la es-

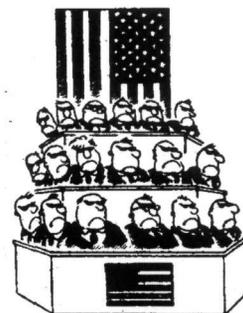
tampa penúltima del señoritismo madrileño, de la marquesanía bien llevada, entre válido y marqués, entre Barnard y Lola Flores. Ahora le han dado un homenaje con motivo de su jubilación.

(...) Con la jubilación de don Cristóbal desaparece de Madrid el señorito/tipo, el madriles con marquesado, el personaje (modelo de tantos otros) más accesible/asequible del franquismo, el último del pañuelo con reborde (y no con pico) en el bolsillo alto de la chaqueta.

Jubilár a Martínez-Bordiú es, un poco, jubilar el franquismo residual, que estaba ya tan jubilado. Dentro de las fidelidades familiares, Martínez-Bordiú nos ha resultado más fiel a su suegro que a nadie, y esto le honra en cuanto a coherencia personal y le jubila en cuanto a presencia histórica. En los felices 60, cuando entonces, estuve de audaz reportero en una operación de Villaverde, en la Concepción. Se trataba de un joven obrero con el pecho abierto en canal. Villaverde contaba chistes y miraba las piernas, hacia arriba, a las estudiantes de medicina que asistían a su faena desde la lucerna. Pero la faena le salió perfecta. Luego, to-

davía con el disfraz de cirujano/astromadrileño, le hice una entrevista. Tenemos amigos/enemigos comunes.

Quizá era el último señorito madriles que nos quedaba, y le jubilan. Es una pena.



Si me dejais mandárselos a los contras me temo que voy a hacer otra tontería.



«Le Monde»